

bil maniobra para aprovechar el momento en que su presa estuviera completamente aturdida. Dinah quiso enseñar su posesión de La Baudraye á los dos parisienses, dando así ocasión para que se representase allí la comedia del manuscrito olvidado por Bianchón en su cuarto de Anzy. Gatién partió al galope á cumplir las órdenes de su soberana, la señora Piefeder se fué á hacer compras á Sancerre, y Dinah, sola con los dos amigos, tomó el camino de Cosne. Lousteau se colocó al lado de la baronesa, y Bianchón se sentó enfrente de ellos. La conversación de los dos amigos fué afectuosísima y versó sobre la piedad que les inspiraba la suerte de aquella alma excepcional tan poco comprendida y tan mal rodeada. Bianchón sirvió admirablemente al periodista burlándose del fiscal, del recaudador de contribuciones y de Gatién, y sus observaciones estaban impregnadas de un no sé qué tan despreciativo, que la señora de La Baudraye no se atrevió á defender á sus adoradores.

—Me explico perfectamente el estado de virtud en que usted se encuentra, dijo el médico al atravesar el Loira. Usted no podrá ser accesible más que al amor de cabeza que conduce muchas veces al amor del corazón, y es indudable que ninguno de esos hombres es capaz de ocultar la parte odiosa que tienen los sentimientos durante los primeros días de la vida á los ojos de una mujer delicada. Hoy, el amor es para usted una verdadera necesidad.

—¡Una necesidad! exclamó Dinah mirando al médico con curiosidad. ¿De modo que debo amar por prescripción facultativa?

—Si continúa usted viviendo como vive, dentro de tres años estará usted horrorosa, respondió Bianchón con tono magistral.

—Caballero... dijo la señora de La Baudraye casi asustada.

—Dispense usted á mi amigo, dijo Lousteau á la baronesa con aire de broma. Es siempre médico, y el amor no es para él más que una cuestión de higiene. Pero no es egoísta, y le da estos consejos sin ningún interés, toda vez que va á marchar dentro de algunas horas.

En Cosne se amontonó mucha gente en torno de la vieja calesa repintada, en cuya portezuela se veían las armas que dió Luis XIV á los neo-La Baudraye: *gules con una balanza de oro, con cimera de azur con tres crucecitas entrecruzadas de plata: por soporte dos lebreles de plata con collares de azur y cadenas de oro*. Esta irónica divisa: *Deo sic patet fides et hominibus*, había sido infligida al calvinista por el satírico Hozier.

—Salgamos, que ya vendrán á avisarnos, dijo la baronesa dejando la calesa al cuidado de un mozo.

Dinah tomó el brazo de Bianchón, y éste se fué con ella á pasear á orillas del Loira con tal rapidez, que el periodista tuvo que quedarse atrás. Un solo guiño de ojos bastó al doctor para hacer comprender á Lousteau que quería servirle.

—Esteban le ha gustado á usted, hemos hablado de usted ayer por la noche y él, por su parte, le ama, dijo Bianchón á Dinah. Pero es un hombre ligero, y, por otra parte, su pobreza le condena á vivir en París, como á usted sus deberes la obligan á vivir en Sancerre. Muéstrese un

poco indulgente, hágase amiga de Lousteau, no se muestre exigente, el vendrá tres veces al año á pasar algunos días con usted, y así le deberá la belleza, la felicidad y la fortuna. El señor de La Baudraye puede vivir cien años, pero también puede morir dentro de nueve días, por haberse olvidado de ponerse su almilla de franjela. Procuren, pues, ser uno y otro juiciosos, y no me diga una palabra, porque he leído en su corazón.

Ante afirmaciones tan precisas dichas por un hombre que se presentaba á la vez como médico, como confesor y como confidente, la señora de La Baudraye se encontró indefensa.

—¡Cómo! ¿puede usted imaginar siquiera que una mujer como yo puede entablar competencia con las queridas de un periodista? dijo la baronesa. El señor Lousteau me parece muy agradable y ocurrente; pero está estragado, etc., etc.

Dinah y el doctor dieron la vuelta, y aquella se vió obligada á contener el flujo de palabras con que tratába de ocultar sus intenciones, pues Esteban que parecía ocupado en examinar los progresos de Cosne, iba á su encuentro.

—Créame usted, le dijo Bianchón, Lousteau necesita ser amado seriamente, y si cambia de vida, su talento ganará mucho.

El cochero de Dinah se presentó todo sofocado para anunciar la llegada de la diligencia, y todos tuvieron que apresurar el paso. La señora de La Baudraye iba entre los dos parisienses.

—¡Adiós, hijos míos! dijo Bianchón antes de entrar en Cosne, ¡yo os bendigo!...

Esto diciendo, dejó el brazo de la señora de La Baudraye, cediéndoselo á Lousteau, que lo estrechó contra su corazón con expresiva ternura. ¡Qué diferencia para Dinah! El brazo de Esteban le causó la más viva emoción, mientras que el de Bianchón no la había impresionado nada. Entre la baronesa y el periodista cruzóse á poco una de esas miradas ruborosas que tienen más valor que ninguna declaración.

—Las provincianas son las únicas mujeres que llevan trajes de organdi, única tela cuyas arrugas no pueden borrarse, se dijo entonces Lousteau para sus adentros. Esta mujer, que me ha escogido por amante, va á oponer dificultades á causa de su traje. Si se hubiera puesto un vestido de tafetán, yo sería feliz... ¿De qué valen las resistencias?

Mientras que Lousteau indagaba si la señora de La Baudraye había intentado imponerse á sí misma una barrera infranqueable escogiendo un traje de organdi, Bianchón, ayudado por el cochero, hacía cargar su equipaje en la diligencia. Por fin se aproximó á saludar á Dinah, que se mostró excesivamente afectuosa con él.

—Señora baronesa, vuélvanse ustedes y déjenme... Gatién va á venir, le dijo al oído. Es ya muy tarde, repuso en voz alta. ¡Adiós!

—¡Adiós, gran hombre! respondió Lousteau dando un apretón de manos á Bianchón.

Cuando el periodista y la señora de La Baudraye, sentados uno junto á otro en el interior de aquella vieja calesa, remontaron el Loira, ambos titubeaban y no se atrevían á hablar. En

semejantes situaciones, la palabra que rompe el silencio tiene una importancia atroz.

—¿Sabe usted lo mucho que yo la amo? dijo entonces el periodista á quemarropa.

La victoria podía halagar á Lousteau, pero la derrota no le causaba pena alguna. Esta indiferencia fué la causa de su audacia. El periodista tomó la mano de la señora de La Baudraye diciéndole mil ternezas y estrechándola fuertemente entre las suyas; pero Dinah las retiró suavemente.

—Sí, valgo lo que una entretenida ó una actriz, dijo Dinah bromeando emocionada; pero ¿cree usted que una mujer que, á pesar de sus ridiculeces, tiene alguna inteligencia, ha reservado los más hermosos tesoros de su corazón para un hombre que sólo ve en ella un placer pasajero?... No me sorprende oír en sus labios una palabra que tantos hombres me han dicho ya... pero...

En este momento, el cochero se volvió, y dijo:

—¡Ya está aquí el señor Gatién!

—¡La amo á usted, la quiero y ha de ser mía, porque jamás sentí por ninguna mujer la pasión que usted me ha inspirado! gritó Lousteau al oído de Dinah.

—¿Hasta á pesar mío? replicó ella sonriendo.

—Por lo menos, es necesario para mi honor que usted parezca haber sido vivamente atacada, dijo el parisiense pernicioso, á quien la funesta tirantez del organdí sugirió una graciosa idea.

Antes de que Gatién hubiese pasado el puen-

te, el audaz periodista arrugó de tal modo la falda de organdí, que la señora de La Baudraye se vió en un estado que la impedía presentarse á nadie.

—¡Oh! ¡caballero!... exclamó majestuosamente Dinah.

—Usted me ha desafiado, respondió el parisiense.

Pero Gatién llegaba con la celeridad de un amante engañado. Para reconquistar un tanto la estimación de la señora de La Baudraye, Lousteau se esforzó por ocultar la vista de la falda arrugada á Gatién, sacando el cuerpo fuera del coche por la parte de Dinah bajo pretexto de hablarle.

—Corra á nuestra posada, le dijo, que aun es tiempo, pues la diligencia no marcha hasta dentro de media hora. El manuscrito está sobre la mesa del cuarto que ocupa Bianchón, y es de gran importancia que se lo lleve, pues de lo contrario no sabría cómo explicar la primera lección del curso.

—Sí, corra usted, Gatién, dijo la señora de La Baudraye mirando á su joven adorador con expresión despótica.

El muchacho, mandado con aquella insistencia, volvió grupas al galope.

—¡Pronto á La Baudraye! gritó Lousteau al cochero. La señora baronesa está indispuesta... Su madre será la única que conocerá el secreto de mi astucia. dijo el periodista volviendo á sentarse al lado de Dinah.

—¿Llama usted astucia á esta infamia? dijo la señora de La Baudraye reprimiendo algunas

lágrimas que fueron secadas por el fuego de su orgullo irritado.

Dinah se retiró á un rincón de la calesa, cruzóse de brazos y fijó sus ojos en el Loira, en la campiña, en todas partes, menos en Lousteau. El periodista tomó entonces un tono cariñoso y habló sin interrupción hasta llegar á La Baudraye, donde Dinah se apresuró á saltar de la calesa y á meterse en su casa para no ser vista de nadie. En medio de su turbación se dejó caer en un sofá para llorar á su gusto.

—Si tengo la desgracia de ser para usted objeto de horror, de odio ó de desprecio, me marchó al instante, dijo entonces Lousteau que la habla seguido.

Y esto diciendo, aquel desenfrenado se arrojó á los pies de Dinah, siendo sorprendido en esta situación por la señora Piedefer, que preguntó á su hija:

—¿Qué tienes? ¿qué te pasa?

—Dé usted inmediatamente otro vestido á su hija, dijo el audaz parisiense al oído de la devota.

Al oír el precipitado galope del caballo de Gatién, la señora de La Baudraye se metió en su cuarto seguida de su madre.

—En la posada no hay nada, dijo Gatién á Lousteau, que había salido á su encuentro.

—Y ¿no encontró tampoco nada en el palacio de Anzy? respondió Lousteau.

—Se han burlado ustedes de mí, replicó Gatién con tono seco.

—Por completo, respondió Lousteau. La señora de La Baudraye ha juzgado inconveniente que la siguiese usted sin pedirle previamente per-

miso. Créame usted, para seducir á una mujer, es mal medio el aburrirla. Dinah le ha engañado á usted y se ha burlado miserablemente, en unión de su primo, el señor Bianchón, que fué el autor de la farsa del manuscrito. ¿No habrá reventado usted el caballo? preguntó burlonamente Lousteau, mientras que Gatién se preguntaba si debía ó no enfadarse.

—¡El caballo!... repitió Gatién.

En este momento la señora de La Baudraye se presentó, vestida con una bata de terciopelo, y acompañada de su madre, que dirigía irritadas miradas á Lousteau. Delante de Gatién, Dinah creyó imprudente mostrarse fría ó severa con el periodista, el cual, aprovechando esta circunstancia, ofreció el brazo á aquella falsa Lucrecia; pero ella lo rehusó.

—¿Quiere usted despedir á un hombre que le ha consagrado la vida? dijo entonces Lousteau. Si es así, me quedaré en Saucerre y partiré mañana.

—¿Vienes, mamá? dijo la baronesa á la señora Piedefer, evitando así responder al argumento directo con que Lousteau la obligaba á tomar un partido.

El parisiense ayudó á la madre á subir al coche, hizo lo propio con la señora de La Baudraye tomándola cuidadosamente por el brazo, y él se sentó en la delantera con Gatién, que había dejado su caballo en La Baudraye.

—Ha cambiado usted de traje, dijo torpemente Gatién á Dinah.

—La señora baronesa se sintió desagradablemente impresionada con el aire fresco del

Loira, respondió Lousteau, y Briachón la aconsejó que se abrigase algo más.

Dinah se puso roja como la grana, y la señora Piedefer puso cara severa.

—¡Pobre Briachón! ¡qué noble corazón! A estas horas estará ya camino de París.

—¡Oh! sí, respondió la señora de La Baudraye, ese sí que es un hombre fino y delicado.

—Estábamos tan alegres antes de marchar, dijo Lousteau, y heos ya triste y hablando con amargura. Y todo ello ¿por qué? ¿No está usted acostumbrada á oír que la dicen que es usted mujer hermosa y de talento? Yo lo declaro ante Gatién, renuncio á París y me quedo en Sancerre á aumentar el número de sus caballeros servidores. Me he sentido tan joven en mi país natal, que he olvidado París y sus corrupciones, y sus aburrimientos, y sus fatigantes placeres... Sí, mi vida me parece aquí purificada.

Dinah dejó hablar á Lousteau sin mirarle; pero hubo un momento en que la improvisación de aquella serpiente llegó á denotar tanto talento, gracias al esfuerzo que hizo para fingir la pasión con frases y con ideas cuyo sentido, oculto para Gatién, brillaba claramente en el corazón de Dinah, que ésta fijó sus ojos en él. Esta mirada pareció colmar de alegría á Lousteau, el cual redobló su verbosidad y logró hacer reír á la señora de La Baudraye. Cuando en una situación en que el orgullo está tan cruelmente herido llega á reír la mujer, ya está dicho todo. Cuando entraron en el inmenso patio enarenado y adornado de césped con canastillas de flores

que tanto realizaba la fachada de Anzy, el periodista decía:

—Cuando las mujeres nos aman, nos lo perdonan todo, hasta nuestros crímenes; mas cuando no nos aman, no nos perdonan nada, ni aun las virtudes. ¿Me perdona usted? añadió al oído de la señora de La Baudraye estrechándole el brazo contra su corazón con un gesto lleno de ternura.

Dinah no pudo menos de sonreír.

Durante la comida y el resto de la velada, Lousteau estuvo sumamente alegre; pero, al mismo tiempo que demostraba así su embriaguez, se entregaba á veces al ensimismamiento del hombre que parecía preocupado con su dicha. Después del café, la señora de La Baudraye y su madre dejaron á los hombres paseándose por los jardines, y el señor Gravier dijo entonces al fiscal:

—¿Ha observado usted que la señora La Baudraye llevaba un traje de organdí y ha vuelto con otro de terciopelo?

—Al subir al coche en Cosne, se enganchó la falda á un botón de cobre de la calesa y se la desgarró de arriba á abajo, respondió Lousteau.

—¡Oh! exclamó Gatién, herido por la cruel diferencia de las dos explicaciones del periodista.

Lousteau, que contaba con esta sorpresa de Gatién, lo cogió por el brazo y se lo estrechó fuertemente para pedirle silencio. Algunos momentos después, Lousteau dejó solos á los tres adoradores de Dinah y fué á unirse con el pequeño La Baudraye. Gatién fué entonces interrogado acerca de los acontecimientos del viaje.

Los señores Gravier y Clagny quedaron estupefactos al saber que Dinah había recorrido sola con Lousteau todo el camino de Cosne, y más estupefactos aún ante las dos versiones del parisiense, acerca del cambio del vestido. A causa de esto, la actitud de aquellos tres hombres derrotados fué un tanto fría durante la velada, y al día siguiente por la mañana todos pretextaron asuntos que los obligaban á dejar Anzy, donde Dinah quedó sola con su madre, su marido y Lousteau. El despecho de los tres sancerreses originó en la villa un gran clamoreo. La caída de la musa del Berry, del Nivernais y de Morván fué acompañada de un verdadero coro de maledicencias, de calumnias y de diversas conjeturas, entre las cuales figuraba en primera línea la historia del vestido de organdí. El porte y elegancia de Dinah jamás tuvo tanto éxito ni llamó tanto la atención de las jóvenes, que no se explicaban la relación que podría haber entre el amor y el organdí, relación que tanto celebraban las casadas. La presidenta Boirouge, furiosa por la pesada broma dada á Gatién, olvidó los elogios que había hecho de *Paquita la Sevillana* y fulminó horribles censuras contra una mujer capaz de escribir semejante infamia.

—La desgraciada empieza á ejecutar todo lo que ha escrito, decía aquella madre despechada, ¿Quién sabe? Acaso acabe como su heroína.

Le ocurrió á Dinah con los sancerreses como al mariscal Soult con los periódicos de la oposición; mientras que fué ministro, había perdido la batalla, y al abandonar el poder, la había ganado. Virtuosa, Dinah pasaba por la rival de las

Camilo Maupín y de las mujeres más ilustres; pero feliz, era *una desdichada*. El señor de Clagny defendió valerosamente á Dinah, fué varias veces al palacio de Anzy para tener derecho á desmentir los rumores que corrían acerca de aquella á quien seguía adorando, y sostuvo que se trataba de una colaboración entre ella y Lousteau para escribir una gran obra. Todo el mundo se burló del fiscal de la audiencia.

El otoño es la estación más hermosa de los valles del Loira, y el mes de octubre fué encantador, especialmente el año 1836. La naturaleza parecía ser cómplice de la dicha de Dinah, la cual, según había predicho Bianchón, llegó gradualmente á sentir un violento amor de corazón. En un mes la castellana cambió por completo, y se asombró ella misma al poner en actividad tantas facultades inertes, adormecidas é inútiles hasta entonces. Lousteau fué un ángel para ella, pues el amor de corazón, esa necesidad de las almas grandes, la había transformado en una mujer completamente nueva. ¡Dinah vivía! podía emplear sus fuerzas, descubría perspectivas inesperadas en su porvenir, y era, en fin, feliz, feliz sin trabas, cuidados, ni preocupaciones. ¡Eran tan favorables para el amor aquel inmenso palacio, los parques, los jardines y el bosque! Lousteau encontró en la señora de La Baudraye una sencillez de expresión y una inocencia que le enamoró, pues el periodista no pudo menos de mostrarse sensible á ciertos halagos que son una comedia en casi todas las mujeres, pero que en Dinah eran verdaderos; aquella mujer aprendida á amar con él, pues él era el primer amor

de su vida. En fin, aquel hombre corrido se tomó el trabajo de mostrarse excesivamente amable. Los hombres, al igual que las mujeres, tienen un repertorio de recitados, de cantinelas, de nocturnos, de motivos (¿podríamos decir también de recetas, aunque se trate de amor?) que acaban por creer de su exclusiva propiedad. Los hombres llegados á la edad de Lousteau procuran distribuir hábilmente las piezas de este tesoro en la ópera de una pasión; pero no viendo en su aventura con Dinah más que una buena fortuna, el parisiense quiso grabar su recuerdo en aquel corazón con marcas imborrables, y le prodigó durante aquel hermoso mes de octubre sus más lindas melodías y sus más hábiles barcarolas.

—Si esta mujer me olvida, no se lo tomaré á mal, porque habrá encontrado cosa mejor que yo, se decía á veces el periodista volviendo con Dinah al castillo, después de haber dado un gran paseo por los bosques.

Cuando dos seres se han cantado mutuamente los dúos de esta deliciosa partitura y no se habían, puede decirse que se aman verdaderamente. Pero Lousteau no tenía tiempo que perder, pues pensaba marcharse de Anzy á principios de noviembre, llamado á París por sus trabajos. La víspera de la proyectada partida, antes de almorzar, vieron llegar al raquíptico La Baudraye, en compañía de un artista de Nevers, restaurador de esculturas.

—¿De qué se trata? le preguntó Lousteau. ¿Qué piensa usted hacer en su palacio?

—He aquí lo que quiero, respondió el anciano

nito llevando al periodista, á su mujer y al artista á la terraza, y mostrándoles en la fachada, sobre la puerta de entrada, un precioso bajo relieve sostenido por dos sirenas, y bastante semejante al que decora la arcada, condenada actualmente, por donde se iba antes desde el muelle de las Tullerías hasta el patio del antiguo Louvre.

Sobre aquel bajo relieve se leían las palabras: *Biblioteca del gabinete del rey*; y debajo se veía el antiguo escudo de los Uxelles, que lleva oro y gules, con fajas de uno á otro, y con dos leones á diestra y oro á siniestra por soportes; el escudo sellado del casco de caballero, lambrequinado con los esmaltes del escudo y rematado con la corona ducal. Por divisa: *¡Cy paroist!* palabra altanera y altisonante.

—Quiero reemplazar las armas de la casa de Uxelles por las mías, y como aquéllas se encuentran repetidas seis veces en las dos fachadas y en las dos salas, la cosa me parece difícil.

—¿Sus armas de ayer? exclamó Dinah.

—¿No constituir un mayorazgo?

—Comprendería eso si tuviese usted hijos, le dijo el periodista.

—¡Oh! respondió el anciano, la señora de La Baudraye es aún joven, y quién sabe lo que puede ocurrir.

Esta fatuidad hizo sonreír á Lousteau, que no comprendió al ancianito, y que se apresuró á decir á Dinah al oído:

—Vamos, *Didina*, ¿por qué no te decides?

—¿A qué conducen tus remordimientos?

Dinah insistió para obtener un día más, y los

dos amantes se despidieron del mismo modo que se despiden esas compañías de teatro que dan diez veces seguidas la última representación de una pieza determinada. Pero ¡cuántas promesas cambiadas! ¡cuántos pactos solemnes exigidos por Dinah y aceptados sin dificultad por el imprudente periodista! Con la superioridad de una mujer eminente, Dinah, acompañada de su madre y del pequeño La Baudraye, acompañó á Lousteau á Cosne, á la vista de todo el país. Diez días después, cuando la señora de La Baudraye tuvo en su salón á los señores de Clagny y Gravier y á Gatién, encontró ocasión de decirles audazmente:

—Debo al señor de Lousteau la fortuna de saber que no era amada por mí misma.

¡Y qué hermosa perorata soltó acerca de los hombres, de la naturaleza de sus sentimientos, del objeto de vil amor, etc., etc.! De los tres amantes de Dinah, el señor de Clagny fué el único que le dijo:

—De todos modos, yo la amo á usted.

De suerte que Dinah lo tomó por confidente y le prodigó todas las atenciones de amiga que las mujeres saben dispensar al hombre que lleva con gusto el collar de una esclavitud adorada.

De vuelta en París, Lousteau perdió en pocas semanas el recuerdo de los hermosos días pasados en el palacio de Anzy. He aquí por qué: Lousteau vivía de su pluma. En este siglo, y sobre todo desde que triunfó una burguesía que se guarda bien de imitar á Francisco I ó á Luis XIV, vivir de la pluma es un trabajo al que se negarían los forzados, los cuales preferirían la

muerte. Vivir de la pluma, ¿no es crear? crear hoy, mañana, siempre... ó fingir que se crea, lo cual cuesta tanto trabajo como si en realidad se crease. Además de su folletín en un periódico diario que se parecía á la roca de Sisifo, Esteban trabajaba en tres ó cuatro periódicos literarios. Pero tranquilizaos: sus trabajos no estaban hechos á conciencia. El sancerrés pertenecía por su facilidad y por su indiferencia á ese grupo de escritores llamados *hacedores* ú *hombres del oficio*. En el París actual, el *oficio* en literatura equivale á presentar dimisión de todas sus pretensiones á un puesto cualquiera. Cuando no quiere ó no puede ser más, el escritor se hace periodista y hacedor. De este modo, la vida pasa á ser entonces un tanto agradable. Los principiantes, las actrices que comienzan y que acaban su carrera, autores y librerías acarician á porfía á estas plumas. Lousteau, que se había hecho un vividor, no tenía más gastos que el alquiler de la casa. Tenía palcos en todos los teatros. La venta de libros, de que rendía ó no cuenta, bastaba para pagar á su guantero; así es que decía á esos autores que imprimen sus libros por cuenta propia:

—Tengo siempre en las manos su libro.

Los bombos á los artistas en los periódicos le eran pagados en dibujos ó en cuadros. Las tardes las tenía empleadas en comidas, las noches en el teatro y las mañanas en amigos, visitas y callejeos. Su folletín, sus artículos y las dos novelas anuales que escribía para los periódicos hebdomadarios era el único impuesto que pagaba aquella vida feliz. Sin embargo, Esteban

había luchado diez años para adquirir esta posición. Finalmente, conocido como literato y querido por el bien ó por el mal que hacía con irreprochable ingenuidad, se dejaba llevar por la corriente sin preocuparse del porvenir, reinaba en un centro de advenedizos y tenía amistades, ó mejor dicho, costumbres que duraban hacía quince años, con gentes con las cuales cenaba, comía y se divertía. Ganaba unos setecientos ú ochocientos francos mensuales, suma que la prodigalidad propia de los pobres hacía insuficiente; de suerte que Lousteau era entonces tan pobre como cuando se decía al empezar su carrera en París:

—Si yo tuviera quinientos francos mensuales sería rico.

He aquí la razón de este fenómeno. Lousteau vivía en la calle de los Mártires, en un magnífico entresuelo con jardín, lujosamente amueblado. A raíz de su instalación en esta casa, hizo un contrato con un tapicero que amargó su bienestar mucho tiempo. Aquella casa pagaba mil doscientos francos de alquiler. Ahora bien, los meses de enero, abril, julio y octubre eran, según decía él, meses indigentes. El alquiler y las notas del portero cargaban con todo su capital; pero Lousteau no por eso dejaba de tomar coche, de gastar por lo menos un centenar de francos en almuerzos, de fumar treinta francos de cigarros y de pagar una comida ó regalar un traje á sus casuales queridas. Con este motivo pedía siempre anticipado el producto incierto de los meses siguientes, y, por lo tanto, no podía nunca verse con cien francos en el bolsillo, y se

encontraba, ganando setecientos ú ochocientos francos mensuales, como cuando sólo ganaba doscientos. Cansado á veces de estos remolinos de la vida literaria y hastiado del placer como una cortesana, Lousteau reflexionaba á veces y decía á algunos amigos suyos, como á Nathán y á Bixiou, al mismo tiempo que fumaba un cigarro en su jardinito, ante un césped siempre verde:

—¿Cómo acabaremos al fin? Los cabellos blancos empiezan á saludarnos.

—¡Bah! cuando nos dé por ocuparnos de nuestro matrimonio, como nos ocupamos de un drama ó de un libro, nos casaremos, decía Nathán.

—¿Y Florina? respondió Bixiou.

—Todos tenemos una Florina, decía Esteban arrojando la punta del cigarro en el césped y pensando en la señora Schontz.

La señora Schontz era una mujer bastante bonita para poder vender caro el usufructo de su belleza, al mismo tiempo que conservaba la amistad de Lousteau, que era su amigo del corazón. Como todas esas mujeres entretenidas, la Schontz vivía en la calle de Flechier, á dos pasos de Lousteau. Esta joven sentía una gran satisfacción de amor propio pudiendo decir á sus amigas que era amada por un hombre de talento. Estos detalles acerca de la vida y de la posición de Lousteau son necesarios, porque esta penuria y aquella existencia de bohemio, que no podía prescindir del lujo parisiense, tenían que influir cruelmente en el porvenir de Dinah. Los que conocen la vida de bohemio de París, comprenderán cómo, al cabo de quince días, el perio-

dista, sumido en su antiguo ambiente literario, podía reirse de la baronesa con sus amigos y hasta con la señora Schontz. No hemos de presentar aquí excusas inadmisibles á aquellos que juzguen este proceder infame.

—¿Qué has hecho en Sancerre? preguntó Bixiou á Lousteau tan pronto como se encontraron.

—He hecho un favor á tres buenos provincianos: á un recaudador de contribuciones, á un primito y á un fiscal, que revoloteaban hacia diez años en torno de una de esas musas que adornan los departamentos sin lograr siquiera tocarla.

—¡Pobre muchacho! decía Bixiou. Bien decía yo que habías ido á Sancerre á vigorizar tu talento.

—Ese dicho tuyo es tan detestable como hermosa es mi musa, replicó Lousteau.

—¡Una musa y un poeta! veo que tu aventura ha sido un tratamiento homeopático, respondió Bixiou.

Al cabo de diez días, Lousteau recibió una carta sellada en Sancerre.

—Bien, bien, dijo Lousteau. «Amigo querido, ídolo de mi corazón y de mi alma...» ¡Veinte páginas de texto, una diaria, y fechada á media noche! Me escribe cuando está sola. ¡Pobre mujer! ¡Ah! ¡ah! *Post scriptum*: «No me atrevo á pedirte que me escribas como yo todos los días; pero, para tranquilizarme, espero ver dos líneas semanales de mi muy amado.» ¡Qué lástima que tenga que quemar esto que está tan arrogante-mente escrito! dijo Lousteau arrojando al fuego

las dos hojas después de haberlas leído. Esta mujer ha nacido para ser copista.

Lousteau temía poco á la señora Schontz, que le amaba desinteresadamente; pero había sustituido á un amigo suyo en el corazón de una marquesa, y ésta, mujer que disponía de bastante libertad, iba á veces de improviso á su casa por la noche, muy tapada, y, en calidad de mujer de letras, se permitía ojear todos sus cajones. Ocho días después, Lousteau, que apenas se acordaba de Dinah, recibió un nuevo paquete de Sancerre: ocho hojas, diez y seis páginas! y como oyese los pasos de una mujer, creyó que la marquesa le hacía alguna visita domiciliaria, y arrojó al fuego aquellas deliciosas pruebas de amor... ¡sin leerlas siquiera!

—¡Una carta de mujer! exclamó la señora Schontz al entrar. El papel y el lacre huelen demasiado bien.

—Señor, aquí tiene usted esto, dijo un mozo de la diligencia colocando en la antesala dos enormes cestos. Todo está pagado. ¿Quiere usted firmarme el recibo?

—¿Está todo pagado? exclamó la señora Schontz. Pues entonces el regalo sólo puede venir de Sancerre.

—Sí, señora, de allí viene, dijo el mozo.

—Tu décima musa es una mujer de elevada inteligencia, dijo la entretenida abriendo los cestos mientras que Lousteau firmaba. No me desagrada una musa que es mujer de su casa y que hace á la vez pasteles de tinta y pasteles de casa. ¡Oh! ¡qué flores más hermosas! exclamó abriendo el segundo cesto. En todo París no

las hay tan bellas. ¡Toma! ¡toma! una liebre, perdigones, medic corzo. Invitaremos á tus amigos y haremos una magnífica comida, pues Atalia posee un talento particular para aderezar la caza.

Lousteau respondió á Dinah; pero en lugar de escribirle con el corazón, lo hizo con la cabeza; mas no por eso la carta dejó de ser menos peligrosa. El estilo de los verdaderos amantes es límpido, es una agua pura que deja ver el fondo del corazón entre dos orillas adornadas de esas insignificancias de la vida, esmaltadas con esas flores del alma nacidas á diario y cuyo encanto es embriagador para dos seres solamente. De suerte, que cuando una carta de amor puede causar placer á un tercero que la lea, es indudable que ha salido de la cabeza y no del corazón. Pero las mujeres se engañan siempre en este punto, y creen ser el manantial único de las gracias que encierran los escritos.

A fines de diciembre, Lousteau no leía ya las cartas de Dinah, y las iba acumulando en un cajón de su cómoda, que estaba siempre abierto, donde servían para perfumar sus camisas. En este momento se le presentaba á Lousteau una de esas ocasiones que los bohemios tienen que coger por los cabellos. A mediados de dicho mes, la señora Schontz, que se interesaba mucho por Lousteau, le mandó un recado una mañana, diciéndole que pasase por su casa para un negocio.

—Querido mío, ¿puedes casarte?

—Afortunadamente, con bastante frecuencia, le respondió el periodista.

—Cuando yo te hablo de casarte, es porque se trata de hacer un buen matrimonio. Tú no tienes preocupaciones; por lo tanto, no hay que andarte con rodeos. He aquí la cuestión. Una joven ha cometido una falta, su madre lo ignora, y su padre, que es un honrado notario, ha tenido la prudencia de no decirle nada á su mujer, y quiere casar á su hija dentro de quince días, dándole una dote de ciento cincuenta mil francos, y no le da más porque tiene otros tres hijos; pero, como no es tonto, añade un suplemento de cien mil francos, de mano á mano, para cubrir la mancha. Se trata de una antigua familia de la burguesía parisiense del barrio de los Lombardos.

—Está bien; y ¿por qué no se casa el amante con ella?

—Ha muerto.

—¡Qué novela! Sólo en el barrio de los Lombardos pueden pasar cosas de esa índole.

—¡No vayas á creer que algún hermano celoso ha matado al seductor! No, el amante murió sencillamente de una pleuresía cogida al salir del teatro. Primer pasante y sin un céntimo, el muchacho había seducido á la hija para heredar el estudio, y el cielo lo castigó.

—Y ¿cómo has sabido tú eso?

—Por Málaga, de quien el notario es amante.

—¡Cómo! ¿es Cardot, el hijo de aquel anciano tan coquetón que fué el primer amigo de Florentina?

—El mismo. Málaga, cuyo amante es un jovencillo de diez y ocho años, no puede casarlo á esa edad, porque aun no tiene ningún motivo

para detestarlo. Por otra parte, el señor Cardot quiere un hombre por lo menos de treinta años, y á mi entender, ese notario se tendrá por muy satisfecho teniendo por yerno una celebridad. Así es que reflexiónalo, amigo mío. Pagarás tus deudas, poseerás doce mil francos de renta y no tendrás que tomarte el trabajo de hacerte padre: ¡ya ves cuántas ventajas! Después de todo, te casas con una viuda consolable, cuyo padre tiene cincuenta mil francos de renta, además de su notaría, y algún día pasarán á tus manos quince mil francos más de renta, sin contar que pertenecerás á una familia que, políticamente hablando, está en una gran posición. Cardot es cuñado del anciano Camusot, aquel viejo que tuvo tanto tiempo relaciones con Fanny Beaupré.

—Sí, dijo Lousteau, Camusot el padre casó á su hija mayor con el difunto padre Cardot.

—Pues bien, repuso la señora Schontz, la señora Cardot, la notaria, es una Chiffreville de la familia de los fabricantes de productos químicos, la aristocracia de hoy, ¿qué? ¡unos Potasa! Ahí está lo peor. Vas á tener una suegra terrible... una mujer capaz de matar á su hija si supiera *el estado en que se encuentra*... Esta Cardot es devota, y no aceptaría nunca á un vividor como tú, pues, llevada de buenas intenciones, es de suponer que espíase tu vida de soltero y supiese todo tu pasado. Pero Cardot, según dice, hará uso de su poder paterno. El pobre hombre se verá obligado á mostrarse cariñoso durante algunos días con su mujer, que es horrorosa, según me ha dicho Málaga. Cardot tiene cuarenta años, será alcalde de su distrito, llegará sin duda á diputado,

y en lugar de los cien mil francos, promete dar una bonita casa que tiene en la calle de San Lázaro, entre patio y jardín, y que sólo le costó sesenta mil francos cuando la calda de julio. Fingirá vendértela, y esto te dará ocasión para ir y venir á su casa, y para ver á su hija y agradar á la madre... Además, esto te constituirá un haber á los ojos de la señora Cardot. En fin, á mi juicio estarás como un príncipe en aquella casita. Empleando la influencia de Camusot, podrás ser nombrado bibliotecario de un ministerio donde no haya libros. Por otra parte, si colocas el dinero como fianza del periódico, tendrás diez mil francos de renta; tú ganas ya seis mil, y la biblioteca te dará cuatro mil. ¿Qué más quieres? Casándote con un cordero sin mancha, podría ocurrirte que se convirtiese en mujer ligera al cabo de dos años, mientras que esto es un dividendo anticipado. Hoy la moda es esta, y no le des vueltas. Si quieres creerme, ven mañana á comer á casa de Málaga. Allí verás á tu suegro; él sabrá la fingida indiscreción cometida por Málaga, con la cual no puede enfadarse, y tú entonces harás de él lo que quieras. Respecto á tu mujer, ¡qué diablo! la falta que ha cometido te deja tu libertad de soltero.

—¡Ah! ¡qué insinuantes son tus palabras!

—Ya sabes que te amo desinteresadamente y que quiero tu bien. ¿Vas á estar toda la vida como Abd-el-Káder de cera? No tienes que reflexionar. El matrimonio es un juego á cara ó cruz, y tú has sacado cara.

—Mañana tendrás mi respuesta, dijo Lousteau.

—Preferiría tenerla en seguida, porque así Málaga podría hacerte el artículo esta noche.

—Pues bien, sí.

Lousteau pasó la noche en escribir á la marquesa una larga carta, en la cual le decía las razones que le obligaban á casarse, su constante miseria, el agotamiento de su imaginación, sus canas, su cansancio moral y físico, en una palabra, cuatro páginas de razones.

—Respecto á Dinah, le enviaré mi esquila de casamiento, se dijo Lousteau. Como dice Bixiou, no hay quien me gane en el arte de desembarazarse de líos.

Lousteau, que llegó á temer al día siguiente que se deshiciese el matrimonio, estuvo amabilísimo con el notario.

—Conocí á su señor padre en casa de Florentina, y tenía que conocerle á usted en casa de la señorita Turquet. De tal palo tal astilla. El padre Cardot, pues le llamábamos así, era un buen muchacho y un gran filósofo. En aquella época, Florina, Florentina, Tulia, Coralia y Marieta eran como los cinco dedos de la mano... Hace ya de esto quince años. Ya comprenderá usted que aquellos tiempos pasaron ya para mí. En aquella época, el deseo de gozar podía más que mi cabeza; pero hoy tengo ambición, convencido de que estamos en una época en que, para ser algo, es preciso tener fortuna, mujer é hijos y carecer de deudas. Si yo pago censo y soy propietario de mi periódico en lugar de ser redactor, llegaré á ser diputado como los demás.

Maese Cardot celebró esta profesión de fe. Lousteau se había puesto en guardia, y agradó

al notario, el cual, como es fácil concebir, se mostró más franco con aquel hombre que había conocido los secretos de su padre, de lo que se hubiera mostrado con otro alguno. Al día siguiente, Lousteau fué presentado como comprador de la casa de San Lázaro á la familia Cardot, y tres días después fué invitado á comer.

Cardot vivía en una casa vieja, situada cerca de la plaza del Chatelet. Todo era mezquino en su casa, y se veía la economía en los menores detalles. Los muebles estaban cubiertos de fundas, y si no se sentía ninguna inquietud acerca de la fortuna de la casa, se experimentaba en cambio un gran deseo de bostezar á la media hora de estar en ella. El aburrimiento tenía su asiento hasta en los muebles. Dos cortinas pendían allí tristemente. El comedor se parecía al de Harpagón. Si Lousteau no hubiese conocido á Málaga de antemano, la sola inspección de aquel hogar le hubiera hecho sospechar que el notario hacía su vida en otra parte. El periodista vió una joven alta, rubia, de ojos azules, tímida y lánguida á la vez, y simpatizó con el hermano mayor, cuarto pasante del estudio, hombre aficionado á la literatura y que debía ser algún día el sucesor de Cardot. La hermana menor tenía doce años. Lousteau, embozado en cierto aire jesuítico, se fingió religioso y monárquico con la madre, y se mostró sobrio, cariñoso, amable y complaciente.

Veinte días después de la presentación, á la cuarta comida, Feliciano Cardot, que estudiaba á Lousteau con el rabillo del ojo, fué á ofrecerle su taza de café al alféizar de una ventana, y le